

píritus á recibir el Mesías. Cuando los Apóstoles lo anunciaban y daban su Bautismo, segaban el campo sembrado por otros.

3.º Este proverbio se verifica aplicándolo á las funciones apostólicas de nuestro tiempo. Los Apóstoles y sus sucesores trabajaron el terreno inculto de las naciones, y lo sembraron: sus trabajos fueron regados con su sangre y con la de los Mártires; de esta manera ha llegado hasta nosotros la fe... Es también verdad, respecto á los particulares, que uno siembra, y otro coge: uno instruye, otro hace nacer los buenos pensamientos, y otro acaba de convertir. Uno dirige en el camino de una vida santa, otro recoge los últimos suspiros de una muerte preciosa. De este modo la predicación evangélica forma como dos cadenas que parten de Jesucristo; de las cuales la una sube hasta el principio del mundo, y la otra baja hasta nosotros, y se extenderá hasta la consumación de los siglos, hasta el tiempo de la siega última, que será el día del juicio final.

Petición y coloquio.

¡Oh Dios mío, cuán admirables son vuestras obras! Bienaventurados los que habrán caminado en los caminos de vuestra misericordia y trabajado para cumplir vuestros designios. Ó Jesús, si Vos os olvidais del mantenimiento de vuestro cuerpo por alimentos de la voluntad de vuestro Padre que es mi santificación; ¿cuánto debo yo emplearme en ella? me resuelvo, ó Jesús mío: estad conmigo para fortalecerme, y bendecid mis esfuerzos. Amen.

MEDITACION XLII.

CONVERSION DE LOS SAMARITANOS DE SICAR.

(Joan. iv. 39-45).

Consideremos con el sagrado historiador: lo 1.º la docilidad de esta gente; lo 2.º su perfección, y lo 3.º la eminencia de su fe.

PUNTO I.

Docilidad de su fe.

Tres cualidades admirables de la fe de los samaritanos se deben considerar desde el principio de su conversión.

La primera, *fe pronta*... «De los samaritanos de aquella ciudad «muchos creyeron en él por las palabras de aquella mujer, que aseguraba: él me ha dicho todo lo que yo he hecho...» Los samaritanos de Sicar estaban persuadidos á que ya estaba cerca el Mesías:

para creer en él, solo les bastaba el testimonio de la Samaritana... Este testimonio no era sospechoso; ella no podía engañarse sobre lo que había oído al Señor, que le reveló hasta las cosas más secretas de su vida: por otro lado no tenía intención ni voluntad de engañar á sus conciudadanos; ni para esto tenía interés alguno: y todos la conocían que era de un carácter incapaz de pensar en esto... Todos aquellos que buscan cándidamente la verdad, y sin algún designio de impugnarla, presto quedan persuadidos y convencidos.

La segunda, *fe operativa*... «Y viniendo á él los samaritanos, le «suplicaron, que se detuviese en aquel lugar; y se detuvo allí dos días...» Muchos salieron de la ciudad, y vinieron con la Samaritana á encontrar á Jesús para suplicarle que entrara, y se detuviera en ella algún tiempo. Condescendió el Señor con sus deseos: fué con ellos, y se detuvo allí dos días... ¡Oh! ¡y cuán caritativo es Jesucristo! Va con gusto; se detiene dos días, y conversa de buena gana con aquellos que lo llaman con espíritu de verdadera fe y de amor. ¿Quién podrá jamás explicar cuál fue el júbilo de estos nuevos prosélitos? ¿Con qué diligencia vinieron á recibirlo los de la ciudad? Y tú, celante Samaritana, ¿con qué sentimientos ves el éxito feliz de tu apostolado? ¿Con qué satisfacción viste á tu Maestro divino recibido, como en triunfo, por tus conciudadanos? ¿Con qué ardor lo seguiste por todos los lugares por donde andaba?

La tercera, *fe atenta*... «Y muchos más creyeron en él, en virtud «de su palabra...» Muchos se apresuraron para oír á Jesús. Y, ¡oh con qué gusto se puso el Señor á instruir unos corazones tan bien dispuestos! De hecho creció el número de los que creyeron en él... Entonces comprendieron sin duda los Apóstoles de qué comida y de qué siega les había hablado Jesús... ¡Ah! ¡y cuán al contrario van las cosas entre nosotros! Cada día se disminuye el número de los creyentes, y se debilita la fe, porque no se escucha á Jesucristo; y porque en lugar de leer libros de piedad y de meditar el Evangelio, se leen y se oyen cosas que lisonjean las pasiones, y encienden una vana y peligrosa curiosidad.

PUNTO II.

Perfección de su fe.

Lo 1.º *Su fe es perfecta en el motivo*... Crean sobre la palabra de

¹ Véase la meditación antecedente, pág. 242, 243 y 244.

Jesucristo : los habitantes de Sicar sentían y conocían el precio de la verdadera fe, y se alegraban de haberla recibido. La Samaritana quería participar y gozar de cuanto sucedía ; y así se hallaba siempre en compañía de los más fervorosos... « Y le decían á la mujer, « nosotros no creemos ya por respeto á tus palabras, nosotros mismos lo hemos oído. »

Aquí se ve como las instrucciones de Jesucristo, despreciadas en Jerusalem, son respetadas en Samaria... El samaritano abre los ojos al primer rayo de la luz divina ; cree en Jesucristo al oír sus discursos, y el judío no cree en él, aun cuando le ve hacer milagros : así se ve muchas veces vacilar en la fe un cristiano en medio de las luces más vivas ; mientras que el bárbaro, á la voz sola de un misionero, de un varón apostólico, cree y vive según su fe.

La Samaritana no respondió á las palabras de sus conciudadanos ; y bien lejos de ofenderse de lo que le dijeron, queda satisfecha de que solo se atiende á Jesucristo, aunque no hagan caso de sus palabras... Tal es el carácter del verdadero celo, siempre lleno de amor y de desinterés. Por grande que haya sido la humildad de esta mujer, siempre será verdad que si ella no hubiera creído primero, no habría anunciado á sus conciudadanos el Mesías ; y estos acaso no hubieran sido iluminados con la luz del Evangelio. ¡ Admirable concatenación de gracias ! La salvación y la perfección de muchos, frecuentemente depende de la conversión de uno solo... La primera gracia recibida con fidelidad, ó rechazada con obstinación, es por lo común el principio, ó de una perfecta santidad, ó de una terrible reprobación.

Lo 2.º *La fe de los habitantes de Sicar es perfecta en su objeto...* « Nosotros mismos lo hemos oído ; y hemos conocido que este es verdaderamente el Salvador del mundo... » ¡ Oh ! ¡ y cuántas verdades se ven unidas en estas palabras ! Comprenden todo lo que forma el objeto de nuestra fe : porque si Jesucristo es el Salvador del mundo, es necesario creer todo aquello que nos ha revelado y que la Iglesia nos enseña... ¡ Afortunados sicaritas ! vosotros sois los primeros que habeis pronunciado sobre la tierra este nombre divino de *Salvador*, después de haberle anunciado el Ángel á los pastores de Belén : vosotros experimentais y probais que él verdaderamente es Salvador, no solo de los judíos, sino también vuestro y de todos los hombres del mundo.

Lo 3.º *La fe de los samaritanos es perfecta en su duración...* « Pasados, pues, los dos días, se partió de allí, y se fué á la Galilea... »

Después de haberse detenido dos días en Sicar, partió Jesús ; pero no se desvanecieron después de su partida los frutos de su predicación. Separándose Jesús de los sicaritas, les dejó su espíritu, su gracia y su amor. ¿ Quién podrá jamás decir con qué sentimientos, con qué protestas de fidelidad, con qué acciones de gracias acompañaron estos fervorosos neófitos el último *adios* que dieron á Jesús ? ¿ Podrían ellos jamás olvidar el favor que les había hecho, las instrucciones que les había dado, y las gracias de que los había colmado ?

PUNTO III.

Eminencia de la fe de los samaritanos.

Lo 1.º *Fe eminente, que condena la infidelidad de Nazaret, y la rebeldía y dureza de Jerusalem...* La primera de estas ciudades había oído á Jesús : la segunda había visto sus milagros. La primera era reputada patria de Jesús, porque en ella se había criado : la segunda lo era efectivamente, porque era la capital de la Judea, donde había nacido. Pero viendo que ni la una ni la otra correspondían á sus fatigas, quiso de nuevo tomar la determinación que ya había seguido después de su bautismo. Se fué hacia la Galilea, donde los pueblos estaban bien dispuestos á recibirlo y á oírlo. Se alejó de Jerusalem, y no fué á Nazaret, « porque el mismo Jesús había afirmado que no se concilia respeto un profeta en su patria... »

Lo 2.º *Fe de los habitantes de Sicar eminente y muy superior á la fe de los galileos...* « Luego que llegó á la Galilea, fue bien recibido « de los galileos, que habían visto todo lo que había hecho en Jerusalem en el día de la fiesta : porque ellos también habían ido á la « fiesta... »

No fue exenta de todo motivo humano la fe con que los galileos recibieron á Jesús. Lo miraban ellos como de su misma patria ; y juzgaban que la gloria de sus milagros debiese recaer sobre ellos mismos, y hacerlos superiores á los judíos, que estaban acostumbrados á despreciarlos. Los sicaritas al contrario, bien que extranjeros respecto de Jesucristo, habían creído en él con una fe perfecta, solo por haberlo oído y sin haber visto algún maravilloso efecto, á lo menos exterior, de su divina potencia.

Lo 3.º *Fe de los sicaritas eminente, y que condena la debilidad y la imperfección de la nuestra...* « ¡ Ay de mí ! nosotros tenemos la palabra de Jesús, conocemos sus prodigios, y vemos el cumplimiento de sus oráculos, y con todo eso, si defendemos la causa de Jesucristo

ó de su Religion, y si nos decimos cristianos, muchas veces lo hacemos estimulados de nuestra propia gloria y por no deshonrarnos.

Peticion y coloquio.

Afortunados habitantes de Sicar, vuestra fe será el modelo de la mia. ¡Oh Jesús! estos fieles samaritanos os reconocieron por su Salvador; y no solo suyo, sino tambien de todo el mundo entero: yo os reconozco por el mio en particular; y no quiero ya otra ciencia, otra felicidad ni otra consolacion que servir y adoraros en el tiempo para poderos glorificar en la eternidad. Amen.

MEDITACION XLIII.

JESÚS ESTANDO EN CANÁ SANÓ AL HIJO DE UN SEÑOR, ENFERMO EN CAFARNAUM.

(Joan. iv, 46-54).

Admiremos: lo 1.º la solicitud y cuidado de este padre; lo 2.º su fe; lo 3.º los beneficios que recibió de Jesucristo.

PUNTO I.

La solicitud de este padre.

Lo 1.º *Observemos su atencion en informarse dónde está Jesucristo, y qué camino lleva...* «Fué, pues (Jesús) de nuevo á Caná de Galilea, donde habia convertido el agua en vino, y habia un cierto régulo¹ en Cafarnaum el cual tenia un hijo enfermo: y habiendo oido decir que Jesús habia venido de la Judea á la Galilea, se fué á él...»

Este señor tenia un hijo, objeto de sus ternuras, enfermo en Cafarnaum. El mal era tan violento, que ya no se esperaba remedio sin un milagro. Jesús en esta ciudad habia hecho un gran número; pero entonces estaba ausente: ¡triste situacion para un padre afligido y en punto de perder lo que mas amaba en este mundo! Pregunta, se informa dónde está Jesús, está atento á todo lo que de él se dice, y finalmente le dan la noticia de que habia partido de la Judea; y que pasando por Samaria, iba á la Galilea... Si tuviéramos

¹ San Jerónimo lo llama *palatino*, esto es, cortesano del rey Herodes Antipa, llamado rey de los galileos por adulacion. Muchos intérpretes son de opinion, que Herodes Tetrarca habia dado á este señor, segun las apariencias gentil, el gobierno perpétuo de la Galilea con su territorio; y por eso se llamó régulo ó pequeño rey.

mos por la salvacion de nuestra alma este mismo cuidado y esta misma diligencia que tuvo este padre por la sanidad de su hijo, á su tiempo nos informáramos de cuanto puede contribuir á nuestra perfeccion y santificacion, y no tendríamos por tan dificiles aquellos medios que son á propósito para encontrar á Jesús, y en él nuestro socorro y el alivio de nuestros males.

Lo 2.º *Consideremos el viaje que emprende este afligido padre...* Con el temor de que Jesús llegue tarde á Cafarnaum, se determina irle al encuentro para suplicarle que apresurase su camino. Para esto no se fia de alguno, deja su hijo por ir á buscarle el socorro; parte sin que puedan detenerlo, ni lo largo del camino, ni la fatiga del viaje... No es esta nuestra conducta cuando se trata de nuestra salvacion. Cada cosa, por pequeña que sea, nos espanta, y nos dejamos vencer aun de la mas mínima dificultad.

Lo 3.º *Veamos cuál es la humildad de su súplica...* «Y le rogaba que fuese á sanar á su hijo que estaba moribundo...»

Encontró á Jesús en Caná, corrió á contarle el motivo de su afliccion, y solicitó su curacion con confianza y con humildad... Si esta oracion fue defectuosa por ciertos respetos, fue no obstante respetuosa y fervorosa... ¡Ah! tengan sobre todo las nuestras estas dos cualidades.

Lo 4.º *Admiremos la perseverancia de este extranjero...* Su fe imperfecta tenia necesidad de instruccion. Jesús lo instruyó, y dispuesto á concederle lo que pedia, no quiso manifestarle su voluntad; antes lo reprendió diciéndole: «Vosotros si no veis milagros y prodigios, no creéis...»

Debemos reflexionar que Jesucristo, antes de obrar en lo externo los prodigios, tuvo siempre en mira el cambio del corazon; por lo cual dijo tambien á este régulo: vosotros, hombres honrados en el mundo por vuestro nacimiento, ó por vuestras dignidades, no recurrís á mí sino impelidos de vuestras necesidades personales: si no concedo milagros á vuestra curiosidad, ninguna otra cosa es capaz de persuadirnos que soy el Mesías; y pretendéis señales extraordinarias que os distingan en presencia de los hombres, ó que se os concedan prodigios segun vuestras necesidades. Si quedais satisfechos, creéis: de otra manera, ni siquiera pensais en instruirnos. ¡Ay de mí! ¿no es por ventura esta nuestra conducta? ¿No son las aflicciones temporales las que nos hacen recurrir á Dios? ¿No hace mas impresion en nosotros una desgracia ó un accidente que nuestros espirituales desórdenes y el peligro de perdernos eternamente?

Humilló Jesús con esta reprehension el orgullo del régulo; pero no dejó de encenderle sus deseos, de animar su esperanza y de ejercitar su fe; y tanto mas la ejercitaba, cuanto que diciendo estas palabras, no daba señales de disponerse á partir: contaba todos los momentos este desconsolado padre, y siempre temia que viniese ya tarde el remedio. No obstante esto, bien léjos de disgustarse, se humilla, y renueva sus instancias. «Respondióle el régulo: Ven, Señor, antes que mi hijo se muera, mi hijo está ya á los extremos; «daos prisa antes que se muera...» Afortunado padre, tu perseverancia será coronada mas aun de lo que tú esperas... *Ves, tu hijo vive*. De hecho, en el momento mismo Jesús lo sanó en Cafarnaum... Aprendamos una vez á conocer el Señor á quien servimos. Si nos reprende, si parece que nos desecha, si dilata el oírnos, es siempre su amor el que le hace obrar, y siempre para provecho nuestro. Pidámole con resignacion los bienes temporales, el éxito de nuestros negocios, la sanidad del cuerpo; y cuando por nuestro bien nos los niegue, inclinemos humildemente la cabeza á su santísima voluntad. Pero los bienes espirituales pidámoslos con instancia y con perseverancia, que él nos dará siempre mas de lo que le pidamos.

PUNTO II.

La fe de este padre.

Consideremos lo 1.º *El principio é imperfeccion de su fe...* Este señor, segun las apariencias, gentil y descendiente de los antiguos tiranos establecidos en la Galilea, habia concebido por lo que se le habia dicho en Cafarnaum una idea imperfectísima de Jesús. Creía, es verdad, que podia sanar á su hijo; pero pensaba que no pudiese hacerlo, sin verlo, tocarlo y hablarle... No sabia que podia obrar sus milagros igualmente desde léjos que desde cerca: que no era necesaria su presencia, y que bastaba un solo acto de su voluntad. Estaba muy léjos de creer que Jesucristo fuese el Hijo de Dios, Criador y Señor del universo... ¿Es esta la idea que nosotros tenemos de Jesucristo? ¿La tenemos como nos la representa y como nos la pide la fe?

Lo 2.º *El progreso de su fe...* La reprehension que Jesucristo le dió, hizo impresión en su corazon; y cuando lo oyó pronunciar con tono de autoridad: *Ves, tu hijo vive*, creyó á su palabra, y se fué: creyó este milagro sin verlo, y dió á conocer que no era del número de aquellos de quienes habia dicho el Salvador, que no creen si

no ven... ¿No es, por ventura, tal nuestro juicio? ¿No se oye aun algunas veces entre nosotros: *quisiera ver un milagro*? Palabra de infidelidad capaz de irritar al Señor: señal de una fe lánguida, y acaso enteramente muerta. Aprendamos de este grande á creer sin haber visto: en esto consiste el mérito de la fe; y en esta debemos colocar nuestra fidelidad y nuestra confianza.

Lo 3.º *La perfeccion de su fe...* Consolado con la firme persuasion de que su hijo estaba sano, luego al punto se partió... Continuó el dia siguiente su viaje, revolviendo sin duda en su pensamiento lo que Jesucristo le habia dicho... «Y cuando volvia le salieron al encuentro los criados...» testigos de la repentina sanidad: «y le dieron la noticia de que el hijo vivia...» Á esta nueva, sus expresiones no fueron de una vana alegría... No cuidándose de sí mismo, fijó sus pensamientos sobre su bienhechor, y quiso examinar con diligencia el suceso, que podia tener consecuencias muy importantes de la salud de su hijo. «Les preguntó por tanto á qué hora habia comenzado á estar mejor: y ellos le respondieron: Ayer á la hora séptima lo dejó la calentura:» esto es, á una hora despues del mediodía. «Reconoció en esto el padre que aquella era la hora «misma en que Jesús le habia dicho: *tu hijo vive*; y creyó...» Comprendió que Jesús no solo habia predicho la sanidad de su hijo, sino que tambien la habia obrado. Sobrecogido, y con razon, de un poder tan divino, no solamente creyó á la palabra de Jesús, sino tambien en el mismo Jesús. Creyó que él era el Hijo de Dios y el Mesías esperado, á quien se debia seguir para conseguir la salud.

Lo 4.º *El celo de su fe...* «Y creyó él, y toda su casa...» La verdadera fe no está privada de celo; una fe viva no está muda y ociosa. El padre instruyó á su hijo y á toda su casa sobre las obligaciones que tenían á Jesús, y les habló con tal eficacia, que empeñó toda su familia á creer en él... Debemos imitar un tal ejemplo, y principalmente las personas constituidas en dignidad, los padres y los señores: todos los cristianos tienen en sus sentidos externos é internos una especie de casa y de familia que gobiernan, y que deben contener en las reglas de la verdadera fe. Estando, pues, nosotros, ó en compañía ó solos; hallándonos en cualquier lugar; haciendo cualquiera cosa, nuestros ojos, nuestras orejas, nuestra lengua, nuestra postura, nuestro semblante, nuestra imaginacion, nuestra memoria, nuestro espíritu, nuestro corazon, nuestros pensamientos y nuestros deseos; nuestros designios, nuestras empresas, nuestro trabajo y nuestro reposo; todo en suma debe estar ordenado por la fe;

todo en nosotros debe anunciar un hombre que cree, y en quien todo cree.

«Este fue el segundo milagro, que hizo de nuevo Jesús, despues «que volvió de la Judea á la Galilea... El segundo milagro que Jesús hizo en Caná de Galilea...» Si nosotros hiciésemos reflexion sobre los infinitos acaecimientos de la vida, encontraríamos en ellos con que alimentar nuestra fe y nuestro amor para con Dios; veríamos en ellos sensiblemente los efectos admirables de la bondad de Dios, de su providencia y de su poder. ¡Ay de mí! nosotros solo pensamos en gozar de los bienes de Dios, sin reflexionar sobre aquel de quien los recibimos.

PUNTO III.

Los beneficios recibidos por este Padre.

1.º *La sanidad de su hijo...* ¿Cuántas veces nos ha sanado Dios á nosotros y á nuestros prójimos de graves enfermedades? ¿Le hemos dado por ello las debidas gracias? ¡Ah! acaso el beneficio fue recibido y olvidado al mismo tiempo.

2.º *El don de la fe,* infinitamente mas precioso que la vida... Tambien nosotros hemos recibido este inestimable beneficio: ¡ah! no cesemos de darle gracias al Señor...

3.º *La severidad con que fue tratado por Jesús...* Le reprendió públicamente su poca fe, es verdad; pero con esto lo hizo humilde, y entrar en sí mismo. Rehusó conformarse con su peticion, siguiéndolo á Cafarnaum, pero obró en su favor un milagro, y mas grande, y para él mas útil de lo que pedia.

4.º *La enfermedad misma de su hijo...* ¿Quién no se hubiera compadecido de este padre afligido, viéndolo próximo á perder un hijo que tan tiernamente amaba? Y con todo, esto mismo, que tan digno de compasion lo hacia á los ojos de los hombres, lo debia conducir á Jesús; no solo á él, sino tambien á toda su casa; y ponerlos á todos en el camino de la salud... ¡Ah! no tenemos una justa idea, ni un justo conocimiento de nuestros verdaderos intereses, cuando nos lamentamos de Dios, ó cuando murmuramos contra las disposiciones de su providencia. ¡Ah! adoremos su profundidad y su sabiduría. Imitadores de este padre, aprovechémonos de las enfermedades y de las aflicciones para unirnos á él, y para despegarnos del mundo... Si nos parece que el Señor usa con nosotros de algun rigor, que rehusa concedernos nuestras peticiones, no nos desanimemos; miremos, antes bien, como favores sus rigores, y estemos bien

persuadidos de que cuanto viene de su divina mano es siempre para nosotros el mayor bien.

Peticion y coloquio.

Hacedme, ó Señor, la gracia de conocer esta verdad, y de aprovecharme de ella: haced que me sirva santamente de cuanto vuestra sabiduría y vuestra bondad dispondrán para mi mayor ventaja. No mireis, Señor, á mis inclinaciones ni á mis repugnancias: antes bien sostened mi debilidad, cuando os opongais á mis propios deseos. Acrecentad mi fe, hacedla firme, operativa y perfecta, como lo hicisteis con el régulo del Evangelio. Dadme el celo que él tuvo, para daros á conocer y amar. Dignaos de hacerme oír aquella palabra digna de Vos, llena de consolacion: *Tu alma está ya sana: tu alma vive con la vida de la gracia; y despues de haberla librado de sus enfermedades, dignaos tambien de conservarla reconocida, amante y fiel hasta el último momento de sus combates sobre la tierra. Amen.*

MEDITACION XLIV.

LIBRA JESÚS UN ENDEMONIADO EN CAFARNAUM.

(Marc. i, 21-28; Luc. iv, 31-37).

Consideremos: lo 1.º la persona de Jesucristo; lo 2.º las astucias del demonio, que Jesucristo echa fuera de aquel infeliz; lo 3.º la conducta del pueblo, testigo de este milagro.

PUNTO I.

La persona de Jesucristo.

Lo 1.º *Su celo en instruir:* «y bajó á Cafarnaum¹, ciudad de la «Galilea... y entrando el sábado en la sinagoga enseñaba...» Era Cafarnaum, como ya hemos dicho, el centro de las misiones de Jesucristo. Este divino Salvador, acompañado de sus cuatro discipulos, habia ido á Caná, donde hizo el segundo milagro de sanar el hijo del régulo, cortesano del rey Herodes Antipa, á quien los galileos por adulacion llamaban rey; volvió de allí á Cafarnaum, y sin tomar un poco de tiempo para su reposo, empezó á enseñar. Fuera de las instrucciones que hacia privadamente todos los dias, las hacia tambien públicamente en la sinagoga todos los sábados;

¹ Se decia bajar á Cafarnaum, porque esta ciudad era marítima; y subir á Jerusalem, porque esta se hallaba situada sobre una montaña.

porque el pueblo se juntaba á orar y á oír la explicacion de la sagrada Escritura... Buen ejemplo para los cristianos que no quieren ir los dias de fiesta á las parroquias á oír la palabra de Dios y la explicacion de la doctrina cristiana, tan recomendada por la Iglesia y por varios concilios; privándose de los socorros de la gracia de Jesucristo, que nos dió ejemplo, y nos convida con su asistencia á estas sagradas funciones.

2.º *La autoridad de Jesucristo en su enseñanza...* «Y se pasaban de su doctrina, porque los enseñaba como uno que tiene autoridad, y no como los escribas...» Los escribas enseñaban á la manera de los hombres, cuya costumbre es referir con ostentacion los sentimientos de otros; y cuyos discursos contienen mas dudas y conjeturas que verdades sólidas y ciertas. No enseñaba así Jesús; porque ó revelaba misterios, ó explicaba las profecías, ó daba reglas ciertas de moral y de costumbres: lo hacia sin ostentacion y sin fausto, con seguridad, con precision, y en tono de legislador y de maestro, y con una dignidad y majestad mas que de hombre... Así debia hablar el Hijo de Dios á los hombres, y así conviene que nosotros anunciemos su doctrina.

3.º *La potestad de Jesucristo sobre los demonios...* «Y habia allí «en la sinagoga un hombre poseido del demonio, y del espíritu inmundo, el cual exclamó diciendo: ¿Qué tenemos que hacer nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido á perdernos? Sé quién eres, el Santo de Dios: y Jesús le gritó diciendo: Enmudece, y «sal del hombre... Y maltratándolo fuertemente el espíritu inmundo, y dando grandes alaridos, salió de él...» Siente mucho el espíritu inmundo salir del corazón de un pecador. Antes de salir y dejar al miserable que poseia, le hizo experimentar violentos retorcimientos, convulsiones horribles, y dar grandes gritos: y lo tiró en tierra en medio de la multitud con tal vehemencia, que hizo creer que lo habia muerto; pero fue impotente su rabia: el hombre se halló sin heridas, sano y bueno, tanto en el cuerpo como en el alma. ¡Oh Jesús! adoro vuestro divino poder, dignaos de ejercitarlo sobre mí: haced callar, y echad de mi corazón el espíritu de queja, de crítica, de maledicencia de que estoy poseido: haced callar, y echad de nosotros los demonios de la impureza y de la herejía, que no cesan de seducir las almas que Vos habeis formado para que os sirvan y amen.

4.º *La estimacion que Jesucristo se adquirió en todo el país...* «Y corrió luego su fama por todo el país de la Galilea;» era bien jus-

to el crédito que se habia adquirido Jesús; y todos debian reconocer por las señales de bondad y de poder que él era el Libertador que Dios habia prometido al mundo... Me alegro, ó Salvador mio, que empiece vuestro nombre á hacerse conocer: bien presto lo llevarán vuestros Apóstoles hasta los últimos fines de la tierra. ¡Ah! ¡adórenlo todos los pueblos! ¿Y por qué no puedo yo contribuir á extender y á acrecentar vuestra gloria?... Haced, Señor, por lo menos que os glorifique en mí mismo; que medite vuestras grandezas; que goce solo de Vos; que piense solo en Vos; que espere solo en Vos, y que os ame solo á Vos.

PUNTO II.

Del demonio.

1.º *Sus quejas...* «¿Qué tenemos nosotros que hacer contigo, ó Jesús Nazareno? ¿Has venido tú para perdernos?...» Esto es: no nos quieras quitar la posesion que ya tenemos; no nos inquietes: ¿qué tenemos nosotros que hacer contigo? ¿por qué te empeñas tanto en perdernos y en hacernos la guerra?... Semejantes son tambien ahora las quejas del demonio, especialmente del de la impureza y de la herejía, contra el celo que las persigue; calificado por ellos de amargo, inquieto y excesivo: y los que las combaten son tachados de hombres inquietos y peligrosos, que solo buscan satisfacer su odio, su envidia y su ambicion con el pretexto de celo, y que bajo la apariencia de destruir los vicios tiran á perder las personas. Pretenden y gritan que se deje el mundo tranquilo, que cada uno obre segun su capricho, y crea como mejor le parezca. ¿Hacemos acaso, dicen, en esto mal á nadie? ¿dejamos de ser por eso buenos ciudadanos, súbditos menos fieles, y miembros menos útiles á la sociedad?... Callad, pérfidos demonios; la pérdida de las almas que precipitais en el infierno ¿no es bastante motivo para encender el celo, y hacerlo sordo á vuestros gritos?

2.º *Las astucias del demonio...* «Después de esta queja empezó el demonio á confesar á Jesucristo, y á ensalzar su santidad.» *Yo sé quién eres, Santo de Dios...* Quejas y alabanzas, amenazas y adulaciones, todo lo empeña el demonio para engañarnos... ¿Quién mas alaba la bondad de Dios y sus misericordias que el demonio y el espíritu de la impureza? ¿Quién hay que hable con lenguaje mas devoto, y que haga mayor pompa de las expresiones de la Escritura y de los santos Padres, y que se glorie mas de estar versado en

el conocimiento de las cosas de la Religión que el demonio de la herejía? Callad, demonios engañadores; estas santas expresiones en vuestra boca son otras tantas blasfemias, porque vosotros las interpretáis en mal sentido; porque vosotros sacáis malas consecuencias, y porque usáis de ellas para un perverso fin.

3.º *El furor del demonio...* Obligado el demonio por el imperio de Jesucristo á callar y á abandonar la presa, da á entender, en el obedecer, su rabia y su crueldad... Imágen natural de lo que hace sufrir á un pecador que piensa echarlo de su corazón y convertirse... ¡Oh cuánto le cuesta el ir á declarar sus vergonzosas caídas, y á confesar haber faltado y seguido el error! ¡Cuánto conviene que combata para romper sus hábitos, para renunciar á sus prácticas, y para sacrificar aquella pretendida felicidad con que la ilusión lo deslumbró!... Coraje, almas cristianas, estos son los últimos esfuerzos de un enemigo cruel, cuyo yugo debéis sacudir: sea en hora buena grave, sea difícil cualquiera pena que tengáis que sufrir; acabad de romper los hierros de esas cadenas, que en vuestra libertad encontraréis vuestra felicidad.

4.º *La impotencia del demonio...* En vano se atormentó, en vano se agitó; le fue preciso obedecer: en vano al dejarlo lo echó con furia en tierra en medio de la gente; él no le pudo hacer mal alguno: sus esfuerzos y sus gritos no sirvieron de otra cosa que de hacer mas manifiesta su flaqueza y su desesperación... Somos nosotros demasiadamente dichosos en tener un Salvador tan poderoso: sea, pues, cruel el demonio: ¿tendremos que temer si estamos unidos á Jesucristo?

PUNTO III.

Del pueblo.

1.º *Su admiración sobre la doctrina de Jesucristo:* «y quedaban maravillados de su doctrina...» Las máximas que enseñaba Jesucristo eran las mas puras, y la santidad de su vida correspondía á la de sus discursos. Esto es lo que sorprendía grandemente á los galileos. No estaban acostumbrados á ver una semejante conducta en sus doctores, para convencer y convertir. Estos sabían bien predicar é instruir, y lo hacían con ostentación y con fausto; pero Jesucristo anunciaba y persuadía sin afectación y sin estrépito las mas sublimes verdades... Si nosotros escucháramos atentamente cuando Jesucristo nos dicta al corazón, quedaríamos aturdidos como los galileos. El corazón es el lugar donde él nos enseña, no como los hom-

bres, sino de una manera divina é inefable. Aquí es donde, sin revelarnos otras verdades que aquellas que nos enseña la fe, nos hace sentir el precio, la belleza, la riqueza y la importancia; y nos las hace concebir, gustar y amar.

2.º *El aturdimiento del pueblo por el endemoniado...* «Y todos se atemorizaron...» Y á la verdad, ¿qué espectáculo podía ser mas espantoso que este endemoniado, que se veía agitado de crueles convulsiones, y daba horribles gritos? ¡Ay de mí! mas horror causa el estado de un alma en pecado mortal, en que reina el demonio: ¿y qué cosa será el infierno, en que se hallarán unidos todos los demonios y todos los réprobos?

3.º *La admiración del pueblo á la vista del poder de Jesucristo:* «y todos quedaron admirados...» Había ya visto el pueblo que Jesucristo en Cafarnaum mismo, aun sin estar presente, como sucedió en la sanidad del hijo del régulo, ejercitaba un soberano poder sobre todas las especies de enfermedades; pero no lo habían visto aun mandar al demonio. Esta manera de enseñar parecía tanto mas nueva, cuanto que jamás se había oído decir que algun profeta hubiese ejercitado semejante imperio. El modo con que había obrado este prodigio no era menos admirable que el prodigio mismo. No obstante sus gritos espantosos, sus quejas y sus adulaciones, el espíritu inmundo, con dos palabras solas de Jesucristo, tuvo á bien callar y abandonar la presa.

4.º *Los discursos del pueblo sobre lo acaecido...* «Se preguntaban unos á otros: ¿qué cosa es esta? ¿qué nueva doctrina es esta? pues él manda con autoridad aun á los espíritus inmundos, y le obedecen...» Esto es: este hombre predica diversamente de nuestros escribas y fariseos: él es poderoso, tanto en las obras como en las palabras: los milagros acompañan sus discursos; y tan fácil le es hacerse obedecer del infierno, como mostrar el camino del cielo... Estas cosas hicieron tal impresión en el pueblo, que no se hablaba ya de otra cosa que de la grandeza y del poder de Jesucristo; por lo que se divulgó luego la fama de él por todo el país de la Galilea... ¡Ay de mí! ¿cuáles son nuestros razonamientos? ¿Por qué la grandeza, la bondad y la potencia de Jesucristo no suministran jamás materia á nuestros discursos y á nuestras reflexiones?

Petición y coloquio.

Haced, ó Jesús mio, que todo el mundo piense en Vos; que toda la tierra os conozca, y que toda mi alma sea penetrada de Vos: sed,

ó Jesús mio, el solo objeto de mi admiracion y de mi amor. ¡Qué suerte para mí mas feliz que teneros por maestro!... Instruidme siempre mas, y hacedme la gracia de ser mas fiel á practicar vuestras divinas lecciones. Renovad en mí, ó poderoso Libertador, las obras de vuestra misericordia: echad de mi corazon el poder del demonio; libradme de su tiranía; concededme que triunfe, y no permitais que sea su víctima en el infierno; antes bien haced que sea conquistada vuestra en el cielo. Amen.

MEDITACION XLV.

SANA JESÚS LA SUEGRA DE SAN PEDRO.

(Marc. i, 29-31; Luc. iv, 38, 39; Matth. viii, 44, etc.).

Las tres cosas que nos propone el sagrado texto para esta meditacion, son: 1.º la enfermedad de la suegra de san Pedro; 2.º su sanidad milagrosa; 3.º el uso que hizo de ella.

PUNTO I.

Su enfermedad.

«Y saliendo Jesús de la sinagoga... Entró en casa de Simon y de Andrés: y la suegra de Simon estaba en cama con calentura...»

Las calenturas del alma son las pasiones: la ambicion, los placeres, el interés, la cólera, la maledicencia, la envidia, la avaricia, el orgullo, el amor, el odio; todas estas son calenturas que destruyen la sanidad del alma, y le quitan la vida de la gracia... Examinemos de cuál de estas calenturas está enferma nuestra alma, ó de cuántas de estas especies de calentura está ella atormentada. ¡Ah! gimamos y lloremos por nuestra desgracia, para animarnos á desear nuestra curacion.

Lo 1.º *Consideremos los males que nos ocasionan las pasiones...* Á manera de calenturas violentas nos atormentan con continuas agitaciones: ya nos dejan helados de temor, ya nos llenan de sospechas, ya de desesperacion; ahora nos encienden de cólera, de despecho, de amor, de odio; luego de llamas de impureza, de estériles deseos, de esperanzas quiméricas. Algunas veces se combaten entre sí mismas, nos destrozan sin piedad, y nos tienen en un violento potro, en un martirio. Todo el mundo conoce nuestra desgraciada situacion; y nosotros solos estamos ciegos: ya llamamos bien al mal, honor á la insolencia, libertad á la esclavitud, y placer al tormento:

miramos, en una palabra, como nuestro sumo bien nuestra suma miseria.

Lo 2.º *Consideremos el estado á que nos reducen nuestras pasiones.* Á manera de las calenturas, nos ponen en un estado lastimoso de debilidad, de hastío, y de impotencia de tomar un poco de reposo: ya no tenemos fuerzas para combatir á los enemigos de la salud; y sin resistencia alguna nos dejamos llevar de todos los caprichos de las mismas pasiones: el uso, el respeto humano y la hipocresía son los únicos motivos para hacer aun alguna cosa buena; y experimentamos un fastidio positivo para todo aquello que mira á la verdad y á la perfeccion, y que nos hace bien presto abandonar la leccion, la meditacion, el exámen de la conciencia, la confesion y la comunión; y finalmente nos lleva á un estado en que ya no sabemos qué cosa es el dulce reposo que gusta un alma fervorosa en la oracion, en el recogimiento interno, en el ejercicio de la presencia de Dios, en la resignacion en su santísima voluntad, y en la confianza en su divina providencia: y en este estado ¿cuántos pecados no se cometen?

Lo 3.º *Consideremos la mudanza que causan en nosotros las pasiones...* No desfiguran tanto á una persona unas largas y continuas calenturas, como desfigura una viva pasion, por mas que se busquen todos los medios de ocultarla... Se admiraba antes en aquel jóven una dulzura amable, una obediencia pronta, un fervor exacto, una modestia jovial, un gusto de piedad y de devocion que edificaba. ¡Ay de mí! ya no es mas aquel que era: ya se encuentra de un humor impaciente é inquieto: se le oye hablar en tono áspero: ha tomado un aire arrogante, una manera despreciante: insulta en sus discursos: ahora se ve sumergido en una profunda melancolía; despues en una alegría insolente, y al fin en una extrema desesperacion... ¡Oh alma! ¡poco há tan bella, tan pura, y ahora tan vergonzosamente desfigurada! Conoce por lo menos de dónde te viene el mal, para buscar prontamente el remedio.

Lo 4.º *Consideremos la obstinacion y la perseverancia de las pasiones...* No hay calentura tan obstinada y difícil de curar como una pasion que ya ha tomado posesion del corazon. Hubiera sido fácil resistir á los primeros asaltos del vicio; hubiera sido posible extirparlo al mismo nacer: conocia el vicioso entonces que podia; se lisonjeaba que podria tambien despues; iba diciendo, que al fin al fin algun dia lo extirparia; pero ahora el infeliz se halla en la precision de mudar de lenguaje: ya exclama contra la inutilidad de sus